

El Santuario y el nuevo tipo de familia Ficha 13

C. La gracia de la fecundidad apostólica

2. Fecundidad personal e ideal personal

I. Introducción

1. Resumen:

En la reunión anterior vimos cómo el matrimonio cristiano está llamado a reflejar en su vida la fecundidad del amor de Cristo. Explicamos los tres tipos de fecundidad, física, espiritual y apostólica, y cómo todo esto se vive plenamente en el matrimonio.

2. Objetivo de esta reunión:

Comprender la importancia del Ideal Personal, para la plena fecundidad espiritual del amor matrimonial.

II. Desarrollo del tema

1. Matrimonio y fecundidad personal

En el matrimonio, los cristianos viven el misterio del amor y de la fecundidad de Cristo. Esposo y Esposa se fecundan mutuamente. Cada uno da y recibe, fecunda y es fecundado.

Pero si realmente anhelamos reflejar el amor generoso de Cristo, el acento debe estar primeramente en dar; en ser uno el que fecunda al otro. Como Cristo, que es para la Iglesia el gran “Sol del Amor, cuyo valor hace brotar y crecer todas las cosas nobles que se encuentran como escondidas en el corazón de los hombres. Porque cada hombre es como una semilla: nace llevando dentro todas las fuerzas necesarias para desarrollar su personalidad como un árbol frondoso, destinado a producir abundantes frutos. Pero este árbol no crecerá si no se encuentra un ambiente propicio, si no recibe la luz y el calor de amor que necesita. En el matrimonio, cada esposo debe ser “Sol de Cristo” para el otro. Debe dar la luz y el calor que el otro necesita para crecer, para hacer brotar su “semilla”, para superar sus timideces y complejos, para atreverse a hacer lo que nunca hizo antes por falta de apoyo, de estímulo y comprensión. Y lo mismo vale frente a los hijos. Eso es fecundidad: ser “Sol” para los otros, ser fuente de vida y crecimiento.

Pero también en el matrimonio uno recibe amor, luz y calor para desarrollar la propia personalidad. A veces se ven casos de transformaciones realmente asombrosas: personas inseguras, inestables, superficiales, desorientadas quienes, después de casarse, conquistan una seguridad frente a la vida, un equilibrio emocional, una madurez y una alegría que nadie habría esperado. Porque el “Sol” del amor del otro ayudó a desarrollar fuerzas que estaban aún dormidas al interior de su personalidad. Desgraciadamente, muy a menudo, se encuentra también casos en que cada esposo, en lugar de “sol”, ha sido “hielo”, “escarcha” o “granizo” para el otro. En lugar de fecundarlo con el calor de su amor, lo ha destruido apocado o

amargado con el frío de su egoísmo, prepotencia, incompreensión o indiferencia. En tales casos, las víctimas son los dos: el que no pudo crecer, porque fue aplastado, y también el que aplastó, pues nunca conocerá la alegría profunda que hay en darse y ser fecundado.

2. Fecundidad e Ideal Personal (IP)

A través de este proceso de mutua fecundación, cada uno de los esposos va descubriendo dos cosas: su verdadera personalidad y la misión propia que tiene ante la vida. En primer lugar, el amor del otro y la responsabilidad frente a los hijos van desarrollando en él cualidades que ni soñaba poseer, por ejemplo, paciencia para pasar la noche en vela cuando el otro o un hijo están enfermos; o para trabajar con una tenacidad que jamás se tuvo de soltero. Es como si el verdadero yo recién floreciera y mostrara quién es. Entonces, cada uno va descubriendo lo que puede aportar a los demás, los valores que representan “sus puntos fuertes”, por ejemplo la servicialidad, la alegría, confianza en Dios, responsabilidad. Todo esto le señala su misión en la vida: transmitir esa riqueza y ayudar a producir esos frutos a su familia, a la sociedad y a la Iglesia.

El ser humano es más feliz y encuentra su vida más llena de sentido, en la medida en que es fecundo, en que se siente capaz de producir frutos, de aportar cosas valiosas a los demás. Pro todas las cosas resultan mejor mientras más claridad se tiene acerca de cómo deben hacerse. Esto también vale para la fecundidad: *podremos producir más y mejores frutos mientras más claro tengamos qué tipo de semilla o de árbol somos y, por lo mismo, qué tipo de frutos estamos destinados a producir*. Un peral perdería el tiempo y terminaría amargado y fracasado si se le metiese en la cabeza que sólo podría ser feliz intentando dar melones. Sin embargo, a muchos hombres les sucede así: pasan por la vida sin darse cuenta de quiénes son ni para qué nacieron. Y mueren esperando los melones que nunca darán. En Schoenstatt, es el Ideal Personal que nos ayuda a descubrir el secreto de la propia personalidad.

3. Definición e importancia del Ideal Personal

El Ideal Personal puede definirse como “*la forma original en cada uno está llamado por Dios a reflejar la personalidad y fecundidad de Cristo, su manera de ser y de amar*”. O bien, como “*la forma original en que cada uno debería reflejar y transmitir a otros la luz del “sol de Cristo*”. Según se dijo anteriormente, como lo que nos indica qué tipo de semilla y qué frutos deberíamos dar.

Conocer el propio Ideal persona es de máxima importancia, porque ilumina el sentido de nuestra vida, nos descubre una misión a cumplir y nos señala una meta.

El Ideal Personal se convierte así en una brújula orientadora de todo lo que hago, en especial de mis esfuerzos de autosantificación. Es el criterio para decidir qué puntos tomo para mi horario o mi Propósito Particular: aquellos que vayan directamente en la línea de mi misión propia y que me ayudan a desarrollar la originalidad de mi personalidad y fecundidad. Sin Ideal Personal corro el riesgo de andar picoteando y haciendo sacrificios o esfuerzos por aquí y por allá, sin método ni continuidad. Por más intención que ponga, así no llegaré a producir frutos. Porque yo soy un peral y a lo mejor me estaba aplicando un tipo de poda o desinfectante que sólo sirve para duraznos y paltas.

4. Cómo se busca el Ideal Personal

El Ideal Personal no se inventa, se busca. Porque consiste en el plan que Dios tiene acerca de mí y de mi vida. Es un plan original y único que sólo yo puedo cumplir. Así, tal como él me

hizo, con mi manera de ser y mi historia de vida, diferentes de las de todos los demás seres humanos. El Ideal Personal representa la forma original en que Dios me ama, el secreto por el cual me creó, la misión que le tiene reservada. Por eso la primera manera de buscarlo es rezando, pidiéndole que me revele ese secreto, que me dé la gracia de descubrirlo.

Además de rezar, debo buscar “las pistas” que me revelen ese plan de Dios para conmigo: la manera de ser que me dio, las inquietudes que ha puesto en mi corazón, la forma en que ha conducido mi historia personal. Nada de eso ha sucedido por casualidad. Todo ha sido para prepararme a la misión que me tiene destinada. Otras pistas pueden ser una oración o algún pasaje de la vida de Cristo o de María que me toquen muy hondo, y donde yo sienta cómo me reconozco.

En toda esta búsqueda es fundamental la ayuda del otro esposo: el apoyo de su oración y, también, su opinión acerca de mí. Porque el otro me conoce muy a fondo y a veces puede haberse dado cuenta mejor que yo mismo de quién soy, para qué me puso en la tierra, qué rayo especial de su Sol reflejo.

III. Preguntas para la reflexión

1. ¿Conocemos personas que “se han ido para arriba” gracias a su matrimonio, y otras que se han amargado y frustrado? Contemos ejemplos.
2. Decir cada uno qué tipo de “sol” necesita especialmente para crecer: respeto, alegría, comprensión, y qué tipo de hielo es el que más lo daña: la indiferencia, el trato brusco, el egoísmo...
3. ¿Nos ha ayudado nuestra vida matrimonial a ir desarrollando y descubriendo mejor nuestra personalidad y el tipo de frutos que debemos dar?